



Presentación del viejo poeta ciego

por **María Esther Vázquez**

En esta semblanza, escrita desde un punto de vista privilegiado, la escritora María Esther Vázquez cuenta cómo Borges llegó a construir su propia historia y mito y cómo luchó contra la soledad hasta sus últimos días. Vázquez disfrutó de una larga amistad con el autor de *El Aleph*.

Borges fue uno de esos raros hombres a quienes la vejez favoreció, dotándolos de un encanto o de una distinción que no tuvieron en la juventud y, a veces, ni siquiera en la madurez. Su figura se estilizó, el rostro se afinó y el pelo, que conservó hasta el final de su vida, fue pasando por todos los matices del gris hasta llegar a un plateado terso y suave como la seda. (Nunca perdió, sin embargo, un hábito que su madre solía calificar con un argentinismo algo anticuado pero efectivo, un hábito guarango; del bolsillo derecho del saco extraía, escondido en el hueco de la mano, un peine chico que continuaba oculto en la clandestina operación del peinado fugaz, ya que se limitaba a dos pasadas, casi siempre sobre el lado derecho de la cabeza, antes de volver, con igual disimulo, al bolsillo.)

El tiempo pulió las facciones robustas y el cuerpo algo grueso que aparecen en las fotografías de la época de la fundación de la revista *Sur* (1931) o en la década siguiente, cuando su rostro se muestra junto al de Bioy Casares o al de Silvina Ocampo, ellos en la plenitud de la juventud y de la belleza.

Según me aseguraba el propio Borges, los años también modificaron su carácter: "Cuando era joven, la intolerancia era una de mis virtudes básicas; debía de ser insoportable. Además, mi gran timidez me llevaba a mostrarme orgulloso, despreciativo y áspero. No es que ahora sea mucho mejor, pero he aprendido a ser cortés, o, mejor dicho, ahora me son indiferentes muchas cosas que antes no lo eran".

Aunque parezca una crueldad decirlo, en los últimos veinte años de su vida Borges vio favorecido su aspecto físico por la ceguera. El siempre supo, aunque du-

rante mucho tiempo no lo haya creído realmente, que su destino final sería la sombra; sucesivos desprendimientos de retina y otras tantas operaciones fueron disminuyendo y opacando su visión: "...veo este querido mundo / que se deforma y que se apaga...", no obstante, no hizo nada para evitarlo, más bien ayudó, sin quererlo por supuesto, al destino. A fines de la década de los cuarenta o principios de los cincuenta viajó en tren a la ciudad balnearia de Mar del Plata. Llevaba consigo una novela policial apasionante. Antes de que el tren partiera de la estación de Constitución, había empezado a leer. El oculista le había recomendado que no leyera con poca o mala luz; Borges, entregado con fervor a la lectura, se olvidó por completo de las recomendaciones y siguió leyendo hasta que se hizo de noche, apoyado contra el cristal de la ventanilla para aprovechar mejor la luz del crepúsculo. Terminó la novela casi a oscuras, más que viéndolas, adivinando las letras. Cerró los ojos cansados y, cuando los abrió tenía delante un festival de luces de colores que se movían brillantes y hermosísimas; eso duró un momento, después se hizo la oscuridad.

Al final, sólo uno de sus ojos podía ver un único punto, que era una especie de ventanita. Por ella le llegaban la luz y la sombra y unos pocos colores como el amarillo; el negro lo veía marrón; el marrón, violeta; el azul, verdoso. Pero podía reconocer el blanco. Cuando iba al cine, que abandonó en sus últimos años, solía observar detalles insólitos: el mazo de naipes en la mano del jugador, pero no su rostro; un reloj apoyado contra una pared, pero no el cuarto. Se resistía tenazmente a perder ese pedacito de visión y como le habían dicho que si agachaba la cabeza podía desprendérselo del todo la retina con las más nefastas consecuencias, adoptó una

María Esther Vázquez

Nació en Buenos Aires. Cursó en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Escritora, periodista y columnista del diario *La Nación* de Buenos Aires.

Ha publicado una veintena de libros entre volúmenes de poesía, ficción, ensayos, reportajes y biografías. Dos de ellos fueron en colaboración con Jorge Luis Borges, a quien conoció en 1957: *Introducción a la literatura inglesa* y *Literaturas germánicas medievales*.

Su biografía *Borges, esplendor y derrota* obtuvo el VIII Premio Comillas de la Editorial Tusquets de Barcelona y el del "Mejor libro del año 1996", otorgado por la Fundación El Libro.

Entre otras distinciones, ha recibido dos veces el Primer Premio Municipal: por *Noviembre y el ángel* (poesía) y por *Invenciones sentimentales* (ficción).

En 2002 publicó *Victoria Ocampo. El mundo como destino* (biografía).

posición rígida: el rostro alzado hacia el cielo formaba con el cuello y el torso un solo bloque; erguido, derecho como una tabla, caminaba con el porte y la dignidad de una estatua bajada de su pedestal. Esa posición de "prócer", que cultivaba sin darse cuenta, no dejaba de provocar respeto y admiración en los que lo veían pasar, hablando incansablemente con su acompañante de turno y ajeno al mundo. Cuando se le acercaba la gente y, al saludarlo, él percibía ese sentimiento admirativo, solía comentar que lo veían como a un "viejo poeta ciego, una especie de Homero criollo" y se reía de su propia broma. Ese Borges de la vejez parecía un árbol sin raíces y sin ramas que deseaba llegar de pie al final.

Mucha gente conoció y a veces trató al "viejo poeta ciego", precisamente en ese último período de su vida y de su obra. Borges recibía a todo el mundo: periodistas veteranos o sin experiencia, ávidos de lograr "el reportaje" del que hablaría el universo y los llevaría a la fama de la mano del maestro. A veces se trataba de una serie de reportajes, agrupados después en un libro y donde Borges contestaba las mismas preguntas de idéntica manera. En ocasiones solía ser visitado por profesores y estudiosos de su obra y algunos admiradores fanáticos a quienes la sola presencia del maestro emocionaba y obnubilaba como si estuvieran frente a un santo o un profeta.

En tren de recibir, Borges aceptaba hasta la presencia de chicos de la escuela primaria, generalmente del séptimo grado (trece o catorce años). Los chicos venían armados de un cuestionario básico, confeccionado sin duda con la ayuda de la maestra. La primera pregunta solía ser: "¿Cuándo supo que iba a ser escritor?"; la última: "¿Qué consejo les daría a los jóvenes que se inician?". Borges comentaba riéndose:

"Habría que decirles que no se inicien", pero la prudencia ganaba la partida y en cambio repetía una y otra vez. "No lean nada por obligación y si no entienden un texto o no les gusta o, peor, les aburre, prescindan de él; no lo lean". No se daba cuenta de que con esas palabras, aptas para un adulto, condenaba a los chicos a la ignorancia.

Me he preguntado a menudo por qué Borges, sobre todo después de la muerte de su madre en 1975 (él tenía casi setenta y seis años), recibía a quien quisiese verlo. Quizá le pesaba la soledad. Por las tardes, después del té, se sentaba en la sala en la doble penumbra, la suya propia y la del crepúsculo que avanzaba detrás de las ventanas. Y allí cerrados los ojos, en la creciente oscuridad, repetía poemas ajenos durante horas. A veces el gato de la casa venía a sentarse sobre sus rodillas o a su lado en el sillón. El agradecía su presencia y los saludaba con un cariñoso: "¿Qué dice usted?", y como el gato no decía nada, lo acariciaba con ternura y compartía con él los versos que le traía su memoria.

Beppo, que en sus orígenes se llamó modestamente Pepo, fue rebautizado por Borges, fiel a su destino literario, en homenaje a Lord Byron y a su obra homónima, un burlesco veneciano en verso. Era un gato albino muy lindo, de mal carácter y pésima salud. Esta especie íntima, doméstica, de casi tigre, casi un tigre de jardín, intrigaba a Borges. Se preguntaba cómo serían sus sentimientos, si los tuviese; cómo serían sus sueños, si placenteros o pesadillas; qué opinión le merecíamos; cómo sería el mundo para él.

De: Borges, esplendor y derrota. María Esther Vázquez. Editorial Tusquets 1999.